

queréis que cambie de vida? dictador? Esas son cosas de no me incumben.

cuando su marido se va ha-  
Venecia—palacio al cual do-  
«la oficina», como si se tratara  
de banco o de compañía de  
ena el almuerzo, vigila la co-  
o de ropa. Después hace reci-  
Romano y a María. Más tarde

el pasa algunos días en Rocca  
l magnífico castillo que regala-  
es habitantes de la provincia de  
eúne de nuevo con sus parien-  
las tierras del dominio. En esta  
ina está en su puesto y recobra  
ara el resto del año.

la campiña se lo trasmite a su  
a «medium» lo pone en comu-  
fuerzas primitivas.

undo entero ve un emperador,  
sino al maestrillo que la besó  
de siglo en la taberna de Pe-

quel espera que Benito la aguar-  
s tiempos en la pequeña habi-  
cuando él desesperaba de su

Así, en su «vida humilde de trabajos fasti-  
diosos», que no son por cierto fáciles, sino que  
exigen «muchísimo amor», doña Raquel envejece  
dulcemente.

Ella no deseó en lo más mínimo su destino  
prodigioso, pero tampoco le ha huído. La política  
le sigue disgustando siempre. Es la política quien  
llevó a su marido a la prisión once veces, y  
es también la política la que pone en peligro  
de muerte a Bruno, a Vittorio y al esposo de  
Edda, aviadores de una escuadrilla cuyo nombre,  
*La Disperata*, hace temblar a su madre. Es la  
política quien colocó a Benito Mussolini a la  
altura del trono.

Pero estas grandezas no tienen nada que ver  
con la dicha sencilla deseada ardientemente por  
Raquel. Le parecen menos seguras que «una  
buena situación». Como Leticia, la madre de  
Bonaparte, la mujer del César está tentada a  
menudo de decir, moviendo su pensativa cabeza:

—¡Dios mío, con tal que dure esto!

Pero su ternura impone silencio a sus inquie-  
tudes.

Y, muda, con el corazón apretado, escucha  
el paso de las legiones en marcha.

LUIS DELAPREE